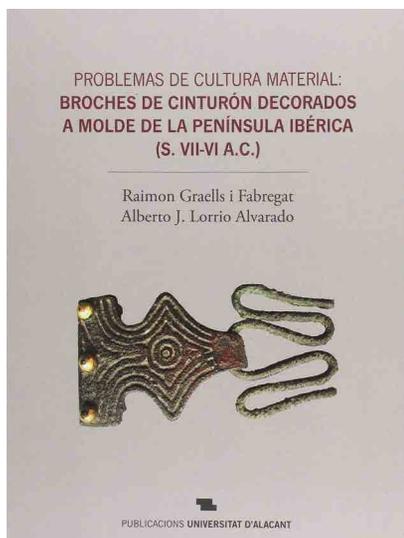


Complutum

ISSN: 1131-6993

<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.58428> EDICIONES
COMPLUTENSE

Graells, R. y Llorio, A. J., 2017: Problemas de cultura material: Broches de cinturón decorados a molde de la Península Ibérica (s. VII-VIA.C.). 272 págs. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante. ISBN: 978-84-9717-515-9.



En el devenir docente e investigador del trabajo científico no es frecuente tener que recordar el objetivo y los métodos de estudio como lo es en el ámbito de la arqueología donde, casi de continuo, hay que repetir que no es otro que conseguir una aproximación lo más completa posible a las sociedades del pasado, a partir del estudio de las evidencias materiales que han llegado hasta nuestros días. Esta advertencia parece una obviedad, pero no lo es tanto si observamos líneas de investigación emergentes o revisamos los trabajos finales de los estudiantes universitarios, en los que es patente el desconocimiento y consecuente desinterés por la cultura material. Por ello, y por la cercanía a alguna de mis investigaciones, celebro la aparición del libro de los doctores Graells y Llorio, dedicado a la revisión y actualización de uno de los modelos de broches de cinturón más extendido por la Península Ibérica, del que ellos mismos dicen que es una anomalía necesaria con la que pretenden dar un giro de timón en la deriva arqueológica.

Partiendo del principio de que las sociedades no solo las integran las personas, sino también

las cosas que les acompañan, creo que una de las tareas que tiene planteada nuestra disciplina es atender rigurosamente a los diversos elementos materiales desde diferentes perspectivas, actualizando las tipologías y elaborando nuevos corpus de referencia que ayuden a descifrar o leer ese conjunto de signos que, en definitiva, es la cultura material. En este sentido, el valor tipocronológico de determinados elementos diagnósticos sigue siendo una herramienta de trabajo necesaria para ordenar el registro, que es la base de datos sobre la que se apoyan diferentes propuestas e interpretaciones, idea que los autores hacen suya en diferentes capítulos del libro. Y lo sigue siendo también porque es una constante que el abandono de este tipo de trabajos en los últimos años no significa que no se sigan utilizando con gran soltura catálogos y tipologías realizadas hace cuatro décadas, caso de los broches de cinturón célticos, que pudieron estar bien hechas en su momento pero que, sin duda, hay que revisar a la luz de los nuevos contextos, estratigrafías y dataciones absolutas. El reiterado y complaciente uso de esas antiguas referencias dice mucho del estado y orientación de nuestros estudios.

El libro que ahora comentamos se ocupa principalmente del modelo de broche de un solo garfio, escotaduras abiertas y decoración a molde, genéricamente denominado “tipo Acebuchal”, aunque también incorpora algún ejemplar de escotaduras cerradas y piezas que se denominan “producciones emparentadas”. Los autores comienzan haciendo una revisión muy detallada, tal como nos tienen acostumbrados, de las diferentes clasificaciones y propuestas que hasta ahora se han hecho y que ellos tratan de unificar y globalizar discriminando, también con gran detalle, los diferentes elementos de la pieza –garfio, placa, escotaduras, remates, talón, sistemas de fijación y técnicas decorativas– estableciendo las relaciones y proporciones en-

tre ellos para definir el tipo, al que designan con un código alfanumérico, quizás demasiado largo (Escacena *et al.* 2010). A la decoración dedican un capítulo específico por ser una de las características distintivas de estos broches, aunque observan que los motivos son bastante recurrentes. Singularizan y plasman en buenos dibujos cada uno de los motivos presentes en la placa, el garfio, las escotaduras y el talón, agrupándolos en dos series, A y B, la primera con 13 variantes y la segunda con 9.

Además del estudio morfológico, también han incorporado estudios metalográficos de más de veinte piezas conservadas en el Museo Arqueológico Nacional y del broche de La Fonteta, que permiten conocer aspectos técnicos, como la composición metálica de los broches, modos de fabricación o el uso de moldes de arcilla, que aumentan nuestro conocimiento sobre las sociedades que los utilizaron. Igualmente es interesante el estudio de las reparaciones en época de uso, tanto desde el punto de vista técnico como social, dedicando a este último aspecto una lectura detallada que les sirve para contextualizar desde un punto de vista socioeconómico el valor de estos broches. El libro termina con un amplio catálogo de las piezas estudiadas, muchas revisadas directamente por los autores para encontrar nuevos detalles, que plasman en buenos dibujos y fotografías. Con ello han ampliado de manera considerable las piezas hasta ahora manejadas, detallando los yacimientos de las diferentes regiones peninsulares, el de Baleares, varios del sur de Francia, el de Magdalenberg y tres sin procedencia conocida.

De especial interés me parece el capítulo dedicado a la dispersión geográfica puesto que recorren las regiones donde ha aparecido el tipo, reflejándolas en pormenorizados mapas. Consideran que no son todos sincrónicos y que se fueron desplazando de unas zonas a otras de manera consecutiva, subrayando y dando especial importancia a la llegada de materiales y estilos de carácter mediterráneo en los siglos VII-VI a.C. Proponen una ruta de distribución que, partiendo del golfo de León, descendería por la costa mediterránea hasta el sureste, el área andaluza y las zonas occidentales para, en un momento ulterior, llegar al área celtibérica (págs. 106, 111, 145). Quizás habría que matizar esas rutas y su momento cronológico si observamos que el mayor porcentaje de estos broches se concentra en la desembocadura del Ebro y en la Meseta oriental y, sobre todo, si

revisamos la dispersión de otra serie de materiales de la misma época que emparentan directamente las regiones meridionales francesas con áreas del interior peninsular, siendo una buena evidencia el interesante recorrido de las fíbulas navarro-aquitanas (Constantin y Chordá 2014).

Por ello discrepo de las propuestas cronológicas de los autores y también porque en ellas subyace un concepto que inconscientemente lastra la actualización de los antiguos supuestos tipocronológicos. En muchas ocasiones se otorga más valor a la tipología de los materiales y a la fecha que se les asignó hace décadas, que a las nuevas dataciones radiocarbónicas o a los nuevos y significativos contextos (págs. 92-97) aceptando sin discusión, por ejemplo, que los broches de de 2 a 6 garfios son modelos más evolucionados que los de uno solo (pág. 37), cuando en algún yacimiento ya han aparecido en unión del tipo ahora estudiado, indicando sincronía. Parecen aceptar el techo de cristal del siglo VI a.C., solo puntualmente finales del VII, a.C., que mantienen inamovible a pesar de manejar con soltura informaciones recientes que han ampliado hacia atrás los límites cronológicos de la Primera Edad del Hierro. Numerosas fechas absolutas en todo el territorio peninsular extienden este período histórico hasta el siglo VIII a.C. cal, enlazando de manera coherente con el precedente Bronce Final, del que también hay cada vez más dataciones radiocarbónicas que ayudan a iluminar esos siglos oscuros, cuya ausencia bloqueaba la reconstrucción del continuado devenir histórico de aquellas sociedades.

El fondo de la cuestión nos llevaría a consensuar la utilidad de nuestros métodos y herramientas de estudio, que en el caso del C^{14} parece fuera de toda duda. Y la cuestión subsiguiente, decidir si utilizamos fechas calibradas o no para una determinada época y lugar y, a partir de ello, reordenar los acontecimientos del último milenio antes de la era sin ignorar rutinariamente algunas centurias. La cronología absoluta rigurosa contrastada en muchas ocasiones por buenas estratigrafías no debe dificultar, como afirman (pág. 136), la ordenación de los elementos materiales, antes al contrario debe servir para articular la evolución de los mismos, ofreciendo nuevos argumentos para revisar los viejos conjuntos.

Solo comentaré en detalle el caso de la Meseta oriental, territorio celtibérico por antonomasia, por ser uno de los mencionados en el

trabajo y el segundo con mayor porcentaje de broches del tipo analizado, 23% solo detrás del 25% del Ebro (pág. 107), más que duplicando al resto de las otras regiones. Como ya hemos observado, los autores plantean la distribución de estas piezas desde el Golfo de León para, siguiendo rutas costeras, llegar hasta el sur peninsular y finalmente aparecer en Celtiberia, donde dicen que las necrópolis iniciaron su andadura en el siglo VI a.C. (pág. 111). Coincidimos con ellos en que este tipo de broches solo se conoce en contextos de la Primera Edad del Hierro, pero ya es claro es que este período histórico sucedió sin vacíos al anterior Bronce Final y que, por tanto, su límite cronológico hay que situarlo más atrás, como están demostrando numerosos yacimientos de todas las regiones donde desde hace tiempo se sitúa el inicio de la Edad del Hierro a inicios del siglo VIII a.C. (p. e. Torres 2017: 363 y 366).

Quizás esa apriorística barrera del siglo VI a.C. se observa con claridad en la revisión del broche de la necrópolis de Herrería III donde las dataciones radiocarbónicas indican una cronología desde el siglo VIII a.C. cal, coherente y consecutiva a las precedentes de Herrería I y II (Cerdeño *et al.* 2002; Cerdeño y Sagardoy 2007; Vega 2007). Esta cronología también queda corroborada en la necrópolis por numerosos elementos diagnósticos de la más temprana Edad del Hierro como son las estructuras tumulares, una fíbula de codo con pivote, nueve navarro-aquitanas, nueve de bucle y cuatro de doble resorte, además de cerámicas a mano bicónicas, decoraciones incisas, morillos prismáticos y cerámicas a torno del Ibérico Antiguo. Pero los autores rebajan la nueva fecha hasta el pleno siglo VI a.C. porque “es más acorde con los materiales recuperados” (pág. 94), aunque al mismo tiempo fechan en el siglo VII a.C. los supuestos conjuntos de la necrópolis de Clares, excavada por el marqués de Cerralbo y fotografiada por J. Cabré. Es decir, que se cambian fechas en base a la tipología de unos materiales catalogados hace casi cien años, en vez de cambiar la posición cronológica y por tanto histórica de los mismos a la luz de las nuevas asociaciones y de las nuevas fechas absolutas. La necrópolis de Herrería ya no es un caso aislado ni por los materiales en ella encontrados ni en cuanto a fechas antiguas se refiere, pues en el mismo ámbito celtibérico están bien contextualizados otros yacimientos de la más antigua Edad del Hierro como los castros de La Coronilla I, El

Ceremeño I, El Palomar, El Turmielo (Arenas *et al.* 1995), La Torre de Codes y las necrópolis de Sigüenza I, Cerrada de los Santos, Herrería III o Puente de la Sierra, todas en Guadalajara, más la necrópolis de Griegos y su cercano castro El Montón de Tierra en Teruel (Chordá 2008-2009) o la necrópolis de El Inchidero en Soria (Arlegui 2012), muchos de ellos con fechas radiocarbónicas que llegan y superan el siglo VII a.C. Fuera del entorno celtibérico, es interesante la nueva necrópolis de la I Edad del Hierro de Arroyo Culebro (Madrid), fechada en siglo VIII a.C. y paralelizada en diferentes aspectos con Herrería III (Baquedano *et al.* 2016).

Todos estos yacimientos y los datos que han proporcionado no hacen sino indicar la complejidad del registro material al que tenemos que enfrentarnos los estudiosos de la Edad del Hierro, dificultad que los doctores Graells y Lorrio conocen bien y han reflejado en el título de su trabajo, al iniciarlo con el aserto “problemas de cultura material”. Por eso las discrepancias, a mi modo de ver, no hacen sino otorgar mayor valor al libro que comentamos pues indican que pone a disposición de la comunidad científica una gran cantidad de datos, propuestas e interpretaciones sobre los que se puede discutir. Muchos trabajos arqueológicos no contienen en su interior nada sólido sobre lo que establecer una discusión. Sin cierta controversia la ciencia no avanza y si todos los investigadores hubieran estado de acuerdo de manera unánime a lo largo de los siglos, seguiríamos anclados en presupuestos ya centenarios. Además son una muestra de la necesidad que todavía hay de disponer de un ordenado registro arqueológico y, por tanto, de continuar esta línea de trabajo para abordar la revisión de otros modelos de broches de cinturón, de fíbulas, de armas o de cualquier otro elemento material pues, aunque es una tarea ingente y no siempre grata, permitirá disponer de una base empírica sólida como punto de partida de las posteriores interpretaciones.

M^a Luisa Cerdeño Serrano
Departamento de Prehistoria
Universidad Complutense de Madrid
mluisac@ghis.ucm.es